

Distancias relativas con el corazón de las cosas. La autoridad peronista *haciéndose* a través de los informes secretos de la División de Asuntos Especiales

Relative distances to the heart of things. The making of Peronist
authority through the secret reports of the Special Affairs Division

Mariana Garzón Rogé¹

mariana.garzon.roge@gmail.com

Resumen: Este artículo describe instancias del incesante trabajo de creación, sostenimiento y transformación de los lazos de autoridad en el peronismo durante su primera década. Para ello rastrea, a través de los informes secretos de los delegados de la División de Asuntos Especiales de la Secretaría de Prensa y Difusión, cambios de escala producidos por los propios actores con fines prácticos. En un primer momento, el artículo explora la importancia que tenían los ajustes de escala impulsados por los peronistas de provincia en sus viajes a Buenos Aires y en sus contactos con altos funcionarios del gobierno. En un segundo momento, atiende a la reflexividad de los delegados de la DAE en tanto articuladores de escala para operar como mediadores entre la vida de los lugares y la nación. En un tercer momento, explora modos situados de “desobedecer obedeciendo” que pueden detectarse al desarmar una idea de escala absoluta y oponer una mirada de escala relativa. De conjunto, la investigación muestra cómo los peronistas creaban, disputaban y transformaban las escalas en las que debía ser emplazada la acción en curso, produciendo al mismo tiempo una autoridad en el peronismo centralizada y vertical como consecuencia de esos procedimientos.

Palabras clave: peronismo, autoridad, escala, política.

Abstract: This article describes instances of the incessant work of creating, sustaining and transforming the bonds of authority in Peronism during its first decade. To do so, it traces, through the secret reports of the delegates of the Special Affairs Division of the Press and Broadcasting Secretariat, changes of scale produced by the actors themselves for practical purposes. At first, the article explores the importance of the scale adjustments promoted by the provincial Peronists in their trips to Buenos Aires and in their contacts with high government officials. In a second moment, it attends to the reflexivity of the delegates of the SAD as articulators of scale to operate as mediators between the life of the places and the nation. In a third moment, it explores modes of “disobeying by obeying” that can be detected by disarming an idea of absolute scale and opposing a relative scale. The investigation shows how Peronists created, disputed and transformed the scales on which action in progress should be located, producing at the same time a Peronist authority that was more centralized and vertical as a consequence of these procedures.

Keywords: Peronism, authority, scales, politics.

¹ Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, 25 de mayo 221, 2° piso, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. <https://orcid.org/0000-0002-9129-4643>

“La escala es un logro del propio actor”
(Latour, 2008, p. 265).

La llamada “Revolución Libertadora” que siguió al golpe de Estado de septiembre de 1955 en la Argentina encaró una serie de investigaciones para sacar a la luz diversos asuntos que pudieran juzgarse condenables del gobierno peronista depuesto, canalizar denuncias sobre temas capaces de probar su condición tiránica y corrupta y justificar públicamente la necesidad del quiebre institucional producido (Ferreira, 2018, 2016a; 2016b). Se crearon Comisiones Investigadoras que se ocuparon de áreas, dependencias, escándalos públicos y personalidades específicas del gobierno derrocado. La documentación con la que trabajaron esas comisiones se encuentra alojada en el Fondo Documental de la Fiscalía Nacional de Recuperación Patrimonial (FNRP), accesible en el Archivo Intermedio del Archivo General de La Nación (AGN). Como sucede con otros archivos que tienen vocación represiva, a través de este acervo no sólo podemos acceder a materiales que testimonian de las prácticas del gobierno de facto, sino también a abundante material presentado como prueba de diferentes acusaciones que es, en definitiva, material de primera mano sobre el período cuestionado (Catela, 2002, p. 397).

Una de esas Comisiones, la N° 21, se ocupó específicamente de la Secretaría de Prensa y Difusión, dependencia que había tenido una gran actividad durante la década peronista en la producción de propaganda y coordinación de los hilos ideológicos producidos desde el Estado (Ciria, 1983; Plotkin, 1993; Gené, 2005; Varela, 2006; Soria, Cortés Rocca e Dieleke, 2009; Rosa, 2016). Revisando los papeles de esa Comisión, detecté la existencia de una División de Asuntos Especiales (DAE). Se trataba de una oficina que había sido creada en 1949 con el objetivo de coordinar las tareas de las delegaciones provinciales que antes habían estado en la órbita de una Asesoría Técnica de la Subsecretaría de Informaciones. En 1955, la DAE contaba con delegaciones en Catamarca y La Rioja; Córdoba; Mendoza, San Juan y San Luis; Rosario; Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes; Santiago del Estero, Jujuy, Salta y Tucumán². El objetivo declarado de esa dependencia era sostener un servicio de relaciones públicas y de distribución de propaganda e información sobre la obra del gobierno presidido por Juan Domingo

Perón en las provincias. La difusión del Segundo Plan Quinquenal, por ejemplo, fue uno de sus cometidos más divulgados en los lugares. Sin embargo, los funcionarios a cargo de estas delegaciones también elaboraban informes de carácter reservado o secreto sobre la vida política y social de las distintas ciudades del interior del país en las que se habían establecido y los enviaban a sus superiores en la Secretaría de Prensa y Difusión. Comentaban en ellos las bambalinas del poder, las internas locales, lo que se rumoreaba, clasificaban quién era quién, cómo se veía “de cerca” lo que supuestamente era difícil de interpretar “desde lejos” para los agentes nacionales interesados en leer esa información.

El Informe Final que elaboró la Comisión Investigadora de la “Revolución Libertadora” sobre las actividades que había desarrollado la DAE durante la década peronista argumentaba que estas estaban a tono con “los propósitos totalitarios del gobierno depuesto”, ya que detrás del objetivo público “ocultaba una permanente labor que, aparte de la asiduidad y el grado de compenetración con que era cumplida por los agentes, abarcaba”:

- a) *espionaje y contraespionaje liso y llano, bajo el rótulo de “INFORMACIÓN OBJETIVA” sobre personas opositoras o pertenecientes al régimen depuesto, sin discriminación de jerarquías;*
- b) *denuncias sobre negociados o el estado de obras públicas o deficiencias en las mismas;*
- c) *control minucioso de las tendencias de los diarios, periódicos y revistas de circulación en la zona o en todo el país, a lo que se unían observaciones acerca de su índice de aceptación en los lectores y los motivos dominantes;*
- d) *información vinculada con los pleitos internos del partido peronista y la composición de las legislaturas provinciales;*
- e) *información de la actividad política opositora y estudios con análisis comparativos detallados de los resultados de cada partido, señalando, según los casos, avances o retrocesos de un acto electoral a otro, y muy particularmente, en relación con los resultados obtenidos por el partido oficialista;*
- f) *información gremial destacando líneas ideológicas de los sindicatos, el caudal de afiliados y las nóminas de sus comisiones directivas a la vez que su manera*

² A fines de 1954, la Secretaría de Prensa y Difusión envió notas a las delegaciones informando que sus actividades debían ser suprimidas antes del 31 de diciembre de ese año. Conocemos este hecho por una carta en la que un delegado ruega a las autoridades que lo mantengan en su cargo (Carta delegado de Mendoza. AGN - FNRP - C. 21 - Exp. 103043). Sin embargo, en el informe que los funcionarios nacionales presentaron para justificar sus tareas ante el gobierno militar, a fines de septiembre de 1955, se da por sentado que seguían cumpliendo sus tareas. En 1955, los delegados eran: Ricardo Arturo Gallac en Catamarca y La Rioja; Guillermo Voss en Córdoba; Tito Garay en Mendoza, San Juan y San Luis; Alfredo Terán en Rosario; Guillermo Ernesto Abregú en Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes; Atilio Bruseghini en Santiago del Estero, Jujuy, Salta y Tucumán. Estos funcionarios no lo fueron durante todos los años en los que la DAE estuvo en actividad. También actuaron otros, como José Osés, quien realizó una intensa labor en Mendoza hasta por lo menos 1950. Hubo delegaciones autónomas en La Rioja (a cargo de Andrés Castelló Roura hasta 1950) y en Santa Fe (a cargo del escritor santiaguense Carlos Abregú Virreyra hasta 1949) que luego se fusionaron en delegaciones regionales. Existe material relativo a otras zonas de la Argentina, sobre todo planillas con información sobre gremios, prensa y vida cultural de varias provincias, aunque sin autoría explícita (Varios documentos. AGN - FNRP - C. 21 - Exp. 102975).

de responder a las directivas sindicales emanadas de la CGT;

g) información relativa a las huelgas y las causas de las mismas, con el desarrollo paso por paso de las estimadas de consideración, como las de los ingenios azucareros;

h) información universitaria y, en algunos casos que se han podido comprobar, denuncias referentes a la orientación política de los profesores;

i) información respecto de los escritores de cada zona indicando su tendencia, su prestigio, su moral, su solvencia económica y su acción en diferentes campos;

j) control riguroso de toda la propaganda distribuida y censo de los medios con que se cuenta en cada lugar para difundirla, mostrándose particular celo en lo que atañe a altavoces; información circunstanciada de datos concernientes a la vida privada de las personas que, en ciertas oportunidades que se debían investigar, recaen en los más repugnantes detalles (Informe a la Comisión Investigadora N°21. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 102975. Fechado 7/12/1955).

La lectura argumentativa que realizaba este Informe Final, en vistas a contribuir a la verificación pública de la vocación totalitaria del gobierno derrocado, debía diluir la potencia de una lectura que podía hacerse de los documentos. La mayor parte de los informes tenían por objeto a los funcionarios y militantes del propio peronismo, a los “negociados” de personas asociadas a él, a las internas entre legisladores oficialistas y núcleos de acción política o agrupaciones “compañeras”. Más que estar dedicados a la “captación psicológica” o a la vigilancia política inspirada en sus “propósitos totalitarios”, los delegados de la DAE habían pasado la mayor parte de su tiempo tratando de observar, intervenir, traducir y vehicular la acción política de los peronistas en los lugares.

Este artículo aprovecha esa segunda lectura posible de la fuente para describir instancias del incesante trabajo de creación, sostenimiento y transformación de los lazos de autoridad en el peronismo durante la primera década que emergieron del seguimiento de 137 documentos escritos en su mayoría por los informantes de la División de Asuntos Especiales en las provincias. Rastrea, especialmente, emplazamientos de escala producidos por los propios actores con fines prácticos. Para ello, la reflexividad de los peronistas, concebidos como actores competentes, es puesta en primer plano para describir aspectos de la autoridad peronista *haciéndose*, es decir, los ajustes realizados por las personas en los cursos de acción en relación a la autoridad (Breviglieri e Stavo-Debauge, 1999). Definir de qué se trataban las situaciones, quiénes eran sus protagonistas y cómo podían resolverse problemas, en numerosas oportunidades, implicó determinar

cuál era la escala de la acción. Esas definiciones tuvieron efectos sobre el lazo que los peronistas terminaron por tender entre ellos.

En un primer momento, el artículo explora la importancia que tenían los ajustes de escala impulsados por los peronistas de provincia en sus viajes a Buenos Aires y en sus contactos con altos funcionarios del gobierno. Formas de validación y de legitimación que se producían entre las provincias y la capital a través de la actividad de una pluralidad de agentes que eran observados por los delegados de la DAE. En un segundo momento, el texto atiende a la reflexividad que estos funcionarios pusieron en marcha, en tanto ellos mismos eran articuladores de escala, para operar como mediadores entre la vida de los lugares y la nación. Su reivindicación de “objetividad” a la hora de diagnosticar eventos locales a sus superiores no impidió que ellos mismos usaran las herramientas que aseguraban que eran utilizadas por sus observados. En un tercer momento, el artículo explora modos situados de “desobedecer obedeciendo” que pueden detectarse al desarmar una idea de escala absoluta y oponer una mirada relativa sobre la escala centrada en la pluralidad de la acción. Ese cambio de enfoque parece ofrecer buenas posibilidades para comprender dimensiones de la política peronista que de otra manera resultan menos visibles.

Distancias relativas con el corazón de las cosas

Desde 1944, dirigentes y activistas de diversas jerarquías del interior del país que simpatizaban con la causa que ya lideraba Perón desarrollaron el hábito de viajar a Buenos Aires buscando ser recibidos por algún funcionario gubernamental, alguna figura influyente del movimiento, o incluso para ver si tenían la suerte de ser recibidos por el mismo Perón. Los viajeros buscaban ser atendidos para poder expresar sus reclamos o pedidos y estar *cerca del corazón de las cosas* al cual aludió Clifford Geertz en su conocido artículo sobre el carisma. El carisma, en la explicación del antropólogo, provendría de la sacralidad inherente a la autoridad central, se vincula a la sensación de estar cerca “del corazón de las cosas”, “del reino de lo serio”, de quienes “cabalgan en desfiles y otorgan audiencias”, aunque sus “expresiones más llamativas” tienden a aparecer “entre personas situadas a cierta distancia del centro, a menudo a una distancia bastante grande, y que prácticamente por ello desean fervientemente aproximarse a éste” (Geertz, 1994, p. 168).

Si observamos los viajes en función de una noción de escala absoluta, peronistas de la escala “micro” son vistos como buscando una cercanía con un “corazón de

las cosas” ubicado en un ámbito “macro” (el gobierno nacional, el peronismo nacional). Entonces, el problema de la construcción de autoridad parece sencillo de resolver: fue la imposición más o menos veloz de una voluntad superior que terminó por cimentar una estructura vertical de poder. Pero si, en cambio, enfocamos el problema de la escala desde la mirada continuista o relativa que propone la teoría social pragmático-pragmatista (Boltanski e Thévenot, 1991; Latour, 2008), observamos de qué maneras fueron los mismos actores quienes recorrieron la escala, creando contextos convenientes y poniendo en juego las definiciones de lo que estaba sucediendo. Entonces, los rasgos de la autoridad peronista al promediar la década, crecientemente centralizada y vertical, aparecen como una consecuencia no contradictoria de la acción de los propios peronistas. A lo largo de todo este artículo iremos desplegando este argumento.

Es cierto que quienes emprendían viajes hacia Buenos Aires buscaban sellos y a menudo los obtenían, pero no porque las puertas en el gobierno nacional estuvieran siempre abiertas a las demandas de las periferias, sino porque los mismos hechos de haberse trasladado y de conseguir una recepción podían ser presentados como una validación. Regresar a suelo provinciano haciendo gala de haberse codeado con autoridades nacionales, de resguardar eventuales informaciones reservadas sobre importantes eventos políticos, de haber recibido guiños de complicidad de parte de altos funcionarios, eran elementos significativos para arrogarse la capacidad de definir qué es lo que se debía hacer, qué es lo que Perón realmente quería que sucediera o en qué medida el grupo de pertenencia no estaba por fuera de las fronteras del peronismo.

Menos frecuente era que los viajeros volvieran de sus entrevistas porteñas con las caras largas. En parte, porque siempre era conveniente destacar lo que había salido bien frente a lo que podía ser sospechado como un viaje frustrado. Las decepciones mayores no faltaron, aunque no podrían ser leídas sin muchas advertencias como tales³. Era más habitual que volvieran sugiriendo haber recibido promesas o al menos algunos guiños, mostrándose cercanos al “corazón de las cosas”, a veces con el efecto performativo de empezar a estarlo gracias a esas performances. Cuando algo iba mal, por el contrario, no era común que trascendiera en público qué era lo que había

sucedido exactamente, pero esa falta de noticias era en sí misma materia de rumores y sustrato de hipótesis nativas⁴.

Los delegados de la DAE describieron en sus informes cómo los actores del peronismo de distintas provincias evocaban el hecho de haber sido reconocidos en Buenos Aires. En septiembre de 1949, por ejemplo, el delegado de Mendoza informaba que núcleos que se consideraban “peronistas democráticos” y que ofrecían una fuerte resistencia al gobernador local, afirmaban que ellos no estaban actuando contra del peronismo. Con ánimo de ofrecer pruebas relativas a esa afirmación, señalaban que contaban con el aval de altos funcionarios del gobierno. El delegado informaba que, conversando con uno de los miembros de este núcleo, este había traído a colación los vínculos que sostenían con un alto dirigente del Partido Peronista, el contralmirante Alberto Teisaire, con quien se habrían reunido en Buenos Aires en algunas oportunidades. El delegado decía recordar las palabras de su interlocutor:

Nosotros estamos seguros de ser fieles para con el peronismo señalando los errores que comete el gobernador. Poco antes de que se realizara la reorganización del Poder Judicial, varios de nuestros amigos se trasladaron a Buenos Aires y visitaron al almirante Teisaire, que es mendocino y conoce a todo el mundo en nuestra provincia. El objeto de la visita era señalarle seis nombres de otros tantos jueces que por sus antecedentes estaban inhabilitados para continuar siendo miembros de la magistratura. El almirante Teisaire leyó la lista, observó los seis nombres tachados con lápiz y tomando una pluma de sobre la mesa tachó otros doce nombres, diciendo: “Ustedes son muy benignos porque han pasado por alto que todos estos tampoco merecen ser jueces”.

En otra ocasión, durante una entrevista que los senadores que formaron el hoy disuelto Bloque 17 de Octubre mantuvieron con el almirante Teisaire, este les dijo: “Ustedes están procediendo muy bien. Continúen en esa posición porque están prestando un gran servicio al peronismo”. Contando con esa aquiescencia, respaldados por tan alta e indiscutible autoridad partidaria, nosotros no procedemos clandestinamente. Obramos claramente y sin ocultarnos. Tan es así que a las reuniones que celebramos asisten invariablemente

³ Un evento que podría ser pensado como un viaje frustrado es la movilización que conocemos como el Malón de la Paz (Kindgard, 2004; Valko, 2008; Lenton, 2010; Mathias, 2019). La movilización terminó mal, pero es posible que en el camino y después haya conseguido muchas cosas para aquellos que participaron de ella. El diario *La Nación* comentaba el 30/10/1946, evoca la historiadora Moira Mackinnon, que en la aldea salteña de Santa Cruz “Todos los que tomaron parte en el ‘malón de la paz’ se consideran personas influyentes. Están organizando un nuevo viaje a Buenos Aires para el cual obligan al vecindario a realizar contribuciones. Atacan a la escuela porque quieren que sus hijos cuiden los rebaños en lugar de ir a clase, piden firmas para echar a la maestra quien ha tenido que enviar a su pequeña hija a la ciudad de Salta pues nadie le vendía leche. La escuela [...] es una construcción pobre mirada recelosamente por quienes han regresado de Buenos Aires con ideas confusas sobre la posesión de la tierra y la autoridad [...]” (Mackinnon, 1996, p. 93).

⁴ Un ministro peronista, por ejemplo, al ser entrevistado sobre el ocaso de las iniciativas encaradas por la activa esposa del gobernador de Mendoza al promediar la década contestó: “Ella por su cuenta quiso imitar a Evita. Yo no sé qué información le llevaron, pero un día vino el gobernador de Buenos Aires y a partir de ese día se terminó” (González Arroyo, 1996, p. 198).

un empleado provincial de Investigaciones y un agente de la Policía Federal, este último investido de las atribuciones de veedor del Consejo Superior del partido (Informe delegado en Mendoza. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 102939. Fechado 30/09/1949).

Estas conexiones entre el grupo de peronistas disidentes mendocinos y tan alta autoridad partidaria no pueden ser confirmadas por el simple hecho de haber sido anunciadas. Sin embargo, confirmarlas o dudar de ellas no tendría mayor importancia para la perspectiva que estamos desplegando. Lo interesante es advertir el despliegue de destrezas para argumentar en cuánto las acusaciones que recaían sobre ellos podían ser desestimadas y para ofrecer pruebas en vistas a definir de otro modo sus propios comportamientos y las situaciones de las cuales participaban. Estas competencias son elementos que dan cuenta de cuán lejos estaban los peronistas de ser “idiotas culturales” (Garfinkel, 2006) que desconocían las relaciones de poder en las que estaban involucrados y nos ponen frente a la evidencia del gran trabajo que realizaban, junto con otros, para definir de qué se trataban aquellas situaciones en las que estaban participando.

Estas distancias relativas con el “corazón de las cosas” parecen haberse convertido, como consecuencia de su uso versátil en el seno de una fuerza política heterogénea, en un recurso efectivo para actuar en las provincias. En noviembre de 1949, el delegado en San Juan comentaba que los opositores peronistas a la reelección del gobernador también peronista Ruperto Godoy decían que éste había hecho difundir a través de sus amigos “la noticia de que su reelección había quedado arreglada en Buenos Aires de completo acuerdo y con el apoyo del General Perón”. Los contrarios al gobernador denunciaban que ese rumor había sido, en verdad, lanzado “como instrumento de coerción moral para lograr adhesiones y vencer muchas resistencias que de otro modo hubiera sido sumamente costoso doblegar” (Informe delegado en San Juan. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 103043. Fechado 26/11/1949). Que el gobernador hubiera conseguido o no que el presidente Perón apoyara su reelección en el cargo podía ser una noticia falsa, verdadera o incluso ni del todo falsa ni del todo verdadera. Pero el hecho de que otros peronistas hicieran pública la duda sobre la veracidad de la misma y señalaran que se trataba de una maniobra efectista, invita a reparar en la publicidad del juego de las disputas sobre lo que era legítimo hacer o lo que debía ser cuestionado en el seno del peronismo. No había mecanismo oculto. Y esa creatividad tenía consecuencias, entre otras cosas, en el reconocimiento a la centralidad de las autoridades nacio-

nales para definir los procesos políticos en marcha. Se tejía complejamente *entre* Buenos Aires y las provincias⁵. En la circulación se producían, se impugnaban, se disputaban y advenían en sus eventuales o prometidas demostraciones no solo los modos en los que el peronismo sanjuanino dirimía sus internas políticas, sino también ajustes a la autoridad peronista real. La autoridad peronista no existía por fuera de su permanente estado de estarse haciendo.

En sus explicaciones “A los peronistas de La Rioja” relativas a su renuncia como ministro de esa provincia en julio de 1950, Napoleón Guzmán Loza pretendía desnudar las prácticas “derrotistas” de sus detractores quienes –también aquí– operaban o decían operar en Buenos Aires los asuntos del peronismo riojano. Si por un lado este dirigente acusaba a sus adversarios de haber ido a la capital en búsqueda de soluciones a problemas que no podrían haber resuelto en el plano provincial por su supuesta debilidad política, al mismo tiempo los acusaba de mentir sobre los resultados de aquellas gestiones, aceptando la eficacia de la iniciativa. Afirmaba que estos se habían dedicado

a nombrar infundios. Ayudados por el propio Secretario de la Intervención partidaria, hicieron de cada mesa de café, de cada esquina –y hasta de la propia sede partidaria– otras tantas tribunas de propalación de insultos y amenazas para los señores diputados. Nadie podía opinar si no lo hacían como ellos, nadie podía sentirse peronista sin el visto bueno de ellos, nadie podía sentirse seguro en su puesto, si antes no se declaraba incondicional de ellos. Todo cuanto Perón, Evita o Mercante decían desde las tribunas no tenía ninguna importancia porque ellos, solo ellos, conocían el pensamiento íntimo del líder. [...]

Invocando una vez más las mentidas instrucciones secretas de Perón, de Evita, del Consejo Superior o de Mercante, exigían cambios en el elenco ministerial, atacando a uno u otro ministro. Mientras en la provincia, todo el pueblo se mantenía tranquilo, y en toda forma procura alejar escollos en el camino de la gestión administrativa, ellos, en Buenos Aires, en forma clandestina continuaban su campaña derrotista (Carta de Napoleón Guzmán Loza “A los peronistas de La Rioja” incorporada al Informe delegado en La Rioja. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 103043. Fechado 22/07/1950).

El ex ministro riojano contribuía con su denuncia a la creación de un modo de definir cómo debía funcionar

⁵ La idea de pensar “entre” Buenos Aires “y” las provincias supone, para Laura Demaría, la fluidez de un espacio conjuntivo no homogéneo y no binario (Demaría, 2014).

la autoridad en el seno del peronismo, creación de la cual participaban, según él mismo comentaba en su carta, también sus adversarios, aunque fueran “derrotistas”. Más allá de la verdad de la denuncia, el mismo modo en el que se producía la denuncia tenía efectos objetivantes, producía objetividad⁶. La centralidad de Perón, Evita, el Consejo Superior o Mercante aparece más como una herramienta para dirimir asuntos muy variados que como un gesto de veneración o una creencia en su carisma. Se iba gestando y se cuidaba, entre unos y otros, un acuerdo en torno a la validación de las figuras “superiores” del peronismo como sede de la autoridad del peronismo. También había un acuerdo en torno a la mediación que podía producir un viaje a través de las escalas de los actores, con el efecto de cimentar, validar y cuestionar al mismo tiempo determinadas formas de proceder que se iban perfilando como útiles.

Las mediaciones de los hombres grises

Los delegados de la DAE seleccionaban, formateaban, excluían, silenciaban, exageraban, minimizaban lo que narraban en sus informes, tal como lo hace cualquier tipo de fuente, dado que todo documento existe como rastro de una reivindicación de legitimidad contemporánea y merece una lectura “a contrapelo” ya no de las intenciones ocultas de sus autores sino de las operaciones prácticas que ellos realizaron cuando produjeron el documento (Cerutti, 2011; Garzón Rogé, 2017). No he tenido noticias de que los delegados de la DAE viajaran a Buenos Aires a encontrarse con los altos funcionarios de la Secretaría de Prensa y Difusión. Es posible que su comunicación se haya basado en el envío de los informes y en la recepción de algunas instrucciones que a veces se evocan en los expedientes. La necesidad de escribir para validar su trabajo ante sus superiores, a quienes no veían y con quienes parecen no haber tenido mayor trato, advierte sobre la posibilidad de que pudieran producir la importancia de ciertos hechos como significativos con el único objetivo práctico de dejar rastro de que estaban en actividad, de dar entidad o magnificar determinados asuntos con el pretexto de tener algo que comentar⁷. En todo caso, es algo inverificable, ¿cómo podríamos saber si los delegados escribían sus informes construyendo realidades a los fines de justificar sus remuneraciones? Incluso si así fuera, una vez más reforzaríamos

el argumento según el cual en la movilización de la escala producida por los actores cambiaba la fisonomía de los problemas políticos. Si una disidencia de importancia minúscula (no por naturaleza, sino por sus alcances) era narrada a las autoridades de la DAE en Buenos Aires, automáticamente tenía una oportunidad de modificar su ámbito de influencia y dejar de ser una disidencia menor, aunque requería de trabajo para convertirse en otra cosa.

Más allá de la mediación evidente que suponía escribir informes para contar en un lugar lo que estaba sucediendo en otro, los delegados de la DAE también asumieron, en diversas oportunidades, posturas decididas frente a esas prácticas multidireccionales de legitimación en el peronismo que se dirimían *entre* Buenos Aires y la localidad. Se presentaron como agentes capaces de desambiguar ante las autoridades nacionales quién era quién en el plano local y qué hacía cada quién en el territorio. Esta aspiración de devenir “observadores imparciales” muestra que ellos atribuían a los peronistas ordinarios capacidades para gestionar sus legitimidades en relación a distintos interlocutores del magma peronista y para confundir al observador externo que pretendiera comprender la política localizada. Los actores que protagonizaban los hechos narrados y el informante que producía la narración sobre ellos realizaban una tarea simétrica. Ante esa situación que conocían perfectamente, los delegados debían crear una condición de “objetividad” mayor.

El delegado en Santiago del Estero comentaba en octubre de 1948, por ejemplo, la partida hacia la Capital Federal de una comisión de dirigentes de Centros Revolucionarios Juan Perón y María Eva Duarte de Perón, Centros Indios, dirigentes sindicales y simpatizantes peronistas con el objetivo de entregar un memorial “con más de 4.500 firmas auténticas en el que solicitan al señor presidente [que] proclame candidato a gobernador de la provincia de Santiago del Estero al señor Carlos Abregú Virreira” (Informe delegado en Santiago del Estero. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 102939. Fechado 28/10/1948). El memorial había sido remitido con anticipación a la esposa del presidente, al gobernador de Buenos Aires, a las autoridades del Consejo Superior y al interventor partidario de esa provincia. El delegado había hecho un importante trabajo para acompañar la solicitud. La “autenticidad” de las firmas del memorial era el argumento que proponía para subrayar la pertinencia de prestar atención al pedido. Desde abril de 1948 este delegado “se permitía

⁶ La objetividad como realización práctica de los actores y no como un dominio al que solo tendría acceso el conocimiento científico es uno de los principios inspirados en la obra de Harold Garfinkel que adopta una epistemología pragmático-pragmatista. Su contraste con la propuesta de Pierre Bourdieu y, más en general, con los partidarios de la “ruptura epistemológica” es relevante en el enfoque que propone este artículo para pensar la política peronista (Garfinkel, 2006; Bourdieu, 1980; Ogien, 1985; Garzón Rogé, 2017).

⁷ Agradezco un primer llamado de atención que me hizo Nicolás Quiroga sobre los delegados como figuras grises dedicadas, en parte, a justificar sus sitios. También fue uno de los valiosos comentarios de un referato externo de la revista. El delegado de Santiago del Estero y Tucumán, Atilio Bruseghini, por ejemplo, era el más prolífico en sus informes. Narra todo tipo de rumores y conflictos locales entre peronistas, pero también comentaba otros asuntos como la existencia de un hormiguero gigante que tenía paralizado al aeropuerto de Santiago o el impacto de los resultados de un campeonato de fútbol en los guarismos de una elección provincial en Tucumán.

insinuar [la posibilidad de] un cambio total de valores” para el peronismo santiagueño que, desde su punto de vista, podía ser motorizado por Abregú Virreira (Informe delegado en Santiago del Estero. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 102939. Fechado 03/04/1948).

En julio de 1950, el delegado en La Rioja pintaba la magnitud de un problema del peronismo en esa provincia evocando el conflicto suscitado en ocasión de la elección del presidente del bloque único en la legislatura. Seis de los dieciocho peronistas habían abandonado sus bancas dejando a los restantes la consagración del nombre que ocuparía el cargo. “Terminado el acto referido, el presidente del bloque conjuntamente con el diputado por el departamento Capital emprendieron viaje hacia Capital Federal, haciendo lo propio dos horas después cinco diputados (disidentes)” en un coche oficial al servicio del vicegobernador (Informa delegado en La Rioja. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 102975. Fechado 10/07/1950). El delegado en La Rioja tomaba partido en el conflicto al señalar a sus superiores que los disidentes eran hombres cercanos al vicegobernador, a quien se le habían levantado distintos cargos por defraudación al estado provincial. Luego se refería a algunos de los subalternos más cercanos a ese funcionario como “peronistas de último momento” que habían “militado abiertamente en la extinta Unión Democrática”. Todo ello daba armas “a la oposición (poca pero existente) para esgrimir contra el movimiento nacional toda clase de rumores e infundios que no hacen nada más que poblar el clima de nerviosidad y malestar partidario” (Informe delegado en La Rioja. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 102975. Fechado 10/07/1950).

Ese último diagnóstico también es relevante para comprender la forja de la autoridad peronista como una realización práctica. Desde una perspectiva que toma en serio a los discursos de los actores como formas de participar en la definición de situaciones (Thomas, 2005) siempre en pugna (situaciones problemáticas, diría John Dewey (Dewey, 2004)), cuando el delegado de La Rioja señalaba que los conflictos internos entre peronistas tenían el efecto de “poblar el clima de nerviosidad y malestar partidario” dando letra a “la oposición (poca pero existente)”, alcanzamos a visualizar una instancia de creación y de mantenimiento de la reivindicación de unidad partidaria para no alimentar al antiperonismo, al mismo tiempo, y no en contradicción, con un reforzamiento del divisionismo que se pretendía por otra parte cuestionar. La apelación a la necesidad de unidad convivía sin contradicción con la dinámica faccional⁸. No podemos y no nos interesa saber si el flamante presidente del bloque

de la legislatura riojana o sus contingentes adversarios vinculados al vicegobernador de la provincia o, incluso, el delegado de la DAE que daba cuenta de la situación provincial, deseaban o no deseaban la unidad del peronismo. La reivindicación de la unidad entre los peronistas, entonces, puede ser pensada según el clásico teorema de William I. Thomas: era real en sus consecuencias.

Los delegados de la DAE eran parte de la tarea incansable de creación, sostenimiento y transformación del peronismo, al igual que los actores de los cuales describían diversos asuntos. Su lugar, en tanto que articuladores de escalas, refuerza el interés para su investigación, tal como los interventores partidarios, los veedores, los funcionarios nacionales en las provincias o el de los delegados provinciales de diverso tipo en Buenos Aires movilizados por demandas puntuales.

El arte de mantener (se en) la autoridad peronista

Rastrear a los peronistas en su incansable trabajo de producción, sostenimiento y transformación de la autoridad en el peronismo implica suspender perspectivas frecuentes en los estudios sobre el tema. Por un lado, aquella que concibe un marco dual de análisis delimitando *a priori* entre actores dominantes (“las cúpulas”, “las dirigencias”, por momentos “los políticos”, son algunos de sus formatos más extendidos pero no los únicos) y actores dominados del peronismo (“las bases”, “el pueblo peronista”, a veces identificado con “los trabajadores” o los “sectores populares”, etc.). No sostenemos que tales posicionamientos no hayan existido, sino que es preferible no establecerlos de antemano. Si los hacemos objeto de una investigación atenta a las movi­lidades, a las reversibilidades, a las incertidumbres, a la pluralidad del actor y a sus competencias para crear y manejarse en distintos mundos interpretantes, las relaciones de autoridad en el peronismo serán más fácilmente descriptibles. Como resultado de los viajes, los actores que en el plano local representaban a un sector disidente podían convertirse legítimamente (o pretender convertirse) en otra cosa al conducir y enunciar sus conflictos a diferentes escalas.

Por otro lado, para poder describir cómo se movían los peronistas en el marco de la autoridad peronista en permanente elaboración de sí misma y de las posiciones que ocupaban sus actores en ella, también conviene desalentar perspectivas mentalistas de la adhesión o identificación al peronismo⁹. El mentalismo explica los comportamientos

⁸ La importancia de “reensamblar la política” en los estudios sobre el peronismo ha sido explorada en un ensayo reciente sobre la historiografía del período (Garzón Rogé, 2019).

⁹ La crítica al mentalismo en la que nos inspiramos es de inspiración wittgensteiniana (Bazin, 1991; Ogien, 2008; Lemieux, 2017).

en función de creencias o subjetividades descuidando los procesos de objetivación que los grupos sociales realizan y que terminan por producirlos como grupo (Boltanski, 2015). En la mirada mentalista, por ejemplo, los peronistas se representan a sí mismos, son la fuente de lo que hacen y no el resultado de sus prácticas. En actividades muchas veces menospreciadas como infrapolíticas, tal como hacer un minuto de silencio por la muerte de Eva Perón, los peronistas no sólo contribuían en la tarea incesante de sostener al peronismo, sino que también lo ponían a prueba, lo impugnaban, intentaban dirimir las discontinuidades de la realidad que en la práctica se presentaban como contradictorias o paradójicas.

Asumiendo estas miradas alternativas para pensar la acción política (la no asimilación *a priori* entre actores y comportamientos, y la no reducción de la explicación de una acción a los motivos atribuidos por el investigador) y focalizándonos en la importancia de seguir a los actores como seres competentes que, entre otras cosas, saben impulsar sus asuntos a través de las escalas, el funcionamiento interno del peronismo puede rastrearse a través de espacios más discretos. Esto parece ser especialmente promisorio para lo que vino después de 1948, cuando la efervescencia pública de las contiendas oficialistas aminoró. A partir de entonces, la acción política peronista tuvo menos publicidad, en el sentido clásico, que en los primeros años. Se desplegó en espacios discretos que, a la vez, fueron territorio del despliegue de nuevas competencias. Estos espacios discretos han sido extremadamente difíciles de capturar desde miradas focalizadas en el resultado, en comprender por qué el peronismo terminó por adquirir una estructura “encuadrada”, una organización “vertical” (Mackinnon, 2002). Como contrapartida, la teoría del “encuadramiento” alentó la necesidad de leer las “resistencias” a la imposición de un poder externo a los actores, diluyendo las chances de que emergiera la pregunta sobre los acuerdos entre unos y otros, que proliferaran más estudios interesados en las reglas en uso (Ladeuix, Melon e Quiroga, 2014). Una de las excepciones fue el trabajo del antropólogo Fernando Balbi, quien cuestionó el lugar que el clásico libro de Mackinnon le había atribuido al carisma en la constitución del poder peronista y resaltó la importancia de la difusión de la noción de “lealtad” entre los peronistas, como concepción moral de la política con efectos “autocoactivos” (Balbi, 2007). Sin embargo, la idea de concepción moral de la política nos conduce a los territorios de las moralidades y nos aleja de la dimensión situada de las pragmáticas.

Un artículo reciente de Simona Cerutti nos permite avanzar en la descripción de estos canales intersticiales (no por ello secretos ni minúsculos). En ese texto, la historiadora problematizó el armado conceptual que emana de

las perspectivas de la historia “desde abajo” en la clave de E. P. Thompson recuperando un tema antiguo, las *adiáforas*, asuntos que resultan indiferentes a la ley, ubicados en espacios francos de autoridad, en ámbitos considerados neutros en los que el problema de la obediencia es irrelevante y en los que no se imponía la injerencia de ninguna superioridad (Cerutti, 2017, p. 102). Esas zonas francas de autoridad, cuyos límites nos gustaría pensar como estando siempre en movimiento, podrían ser el territorio discreto en el que los peronistas pueden ser rastreados actuando, sosteniendo y transformando sin cesar la estructura vertical que demasiadas veces hemos atribuido a los planes ejecutados por las “cúpulas peronistas”, victimizando a los actores a los que anhelamos reivindicar.

Observando esas zonas francas de la autoridad peronista como *locus* del arte del desacuerdo, podemos notar que los peronistas no siempre estuvieron orientados a “aumentar en generalidad” su acción (Boltanski e Thévenot, 1991). Por el contrario, es posible que, a medida que la década peronista avanzaba, la operación de escala más frecuente haya sido la reducción de los conflictos a lo micro. Los peronistas, en muchas ocasiones, decían obedecer una orden partidaria, por ejemplo, pero la obedecían en parte o lo suficiente como para no entrar en abierta lucha contra ella, para evitar sanciones. Pero también inventaban modos de la obediencia enviando distintos mensajes de desacuerdo a otros núcleos peronistas o a ciertas esferas de autoridad interna a distintas escalas. Me adentraré en un ejemplo que permite ilustrar este argumento. Veremos que, si hubiéramos tomado una escala absoluta, seguramente hubiéramos perdido una posibilidad: la de observar que lo que hacían no era “resistir” sino “desobedecer obedeciendo” y crear la autoridad peronista en un mismo acto de reconocimiento y flexibilización.

En mayo de 1950, el delegado de la DAE en Mendoza narra el plan que tenía un grupo de diputados disidentes del peronismo local. Se trataba de dirigentes originalmente filiados al radicalismo que habían migrado al peronismo y que habían llegado a protagonizar el primer gobierno local, debiendo hacer lugar luego a los dirigentes de origen laborista (ligados al mundo de los trabajadores) que habían conseguido quedarse con el segundo gobierno. Cuatro o cinco miembros de aquel grupo entrarían a la sesión legislativa, mientras los demás esperarían afuera, distribuidos en distintas dependencias de la legislatura. Los asistentes a la sesión se abstendrían de votar al legislador que la mayoría del bloque peronista consagrara como presidente de la Cámara. Haciéndolo de esta manera, los disidentes no entorpecerían la elección de un miembro del partido como máxima autoridad en el recinto. Este plan de baja hostilidad no era, relataba el delegado de la DAE, “consecuencia del deseo de acatar las

altas directivas del partido, sino, simplemente, [un modo] de eludir la aplicación de sanciones con miras a mantenerse oficialmente dentro del partido a la espera de la evolución de los sucesos” (Informe delegado en Mendoza. AGN – FNRP – C. 21 – Exp. 102.975. Fechado el 28/05/1950). Lo que el grupo disidente tenía como objetivo último, según el delegado, era el juicio político al gobernador. El informante de la DAE se basaba en una episteme de la sospecha y atribuía causas a semejante acción: eludir sanciones, enjuiciar al gobernador. La escala elegida en el relato era absoluta: autoridad desde arriba hacia abajo, interiorización de las reglas de parte de los actores, interés de evitar sanciones partidarias, expectativa del juicio político. Si los motivos de la acción eran esos, era porque su destinatario era, según el delegado, el Partido Peronista como ente superior y productor de las reglas.

Sin embargo, más allá de la teoría del delegado, la acción del grupo disidente mendocino puede ser vista de otros modos si cambiamos el enfoque sobre la escala. Lejos de haber intentado que el plan pasara desapercibido a toda escala, los disidentes parecen haber estado dando un mensaje público plural, cuyo destinatario no era solamente el Partido Peronista nacional. Se trataba de una manera de disentir sin trasgredir “reglas” de comportamiento. Operarían abiertamente en zonas no alcanzadas por sanciones, ya que no pretendían desacatar la autoridad partidaria. Llegado el caso en el que se vieran expuestos a justificar su acción, la situación de relativa incertidumbre que tan cuidadosamente habían preparado (unos entrarían a la sesión, otros fingirían estar espontáneamente distribuidos en diferentes espacios de la legislatura) podría ser suficiente para defenderse. Si no había grupo, no había disidencia. Aparentarían no estar actuando de modo faccioso, aunque el mensaje interno que daban al peronismo tenía el interés precisamente de que sí se visualizara su disidencia a otra escala.

Los legisladores disidentes no votarían al presidente de la Cámara de su propio partido, pero no entorpecerían la elección del mismo. Algunos se abstendrían, otros estarían prolijamente ausentes. La decisión de no emplazar el desacuerdo más allá no solo tenía que ver entonces con la eventual posibilidad de evadir sanciones o impulsar un juicio político, sino también con objetivos prácticos que perseguían, que podrían no haber sido necesariamente expresar una discordia, realizar un gesto de enojo y malestar o amenazar con la ruptura. Parece haber sido importante ofrecer un mensaje sobre las

propias capacidades políticas y sobre la necesidad de que sus demandas fueran contempladas. Se colocaban así en el lugar de quienes garantizaban una elección, dado que remarcaban con su acción que gracias a ellos finalmente la elección podría realizarse, y controlaban hasta qué punto el malestar partidario salía a luz en la opinión pública como un escándalo político oficialista. Aludían, además, a una eventual fragilidad de su presencia en el seno del peronismo local, fragilidad doble porque marcaba su hartazgo frente a los conflictos internos (su amenaza de romper) y simultáneamente su presencia como prenda de reversibilidad (todavía podían quedarse).

A través de este ejemplo es posible observar cómo se inventaban enrevesados modos de procesar las disidencias en el marco de un peronismo cada vez más discreto, pero no por ello menos habitado de tensiones y pasadizos en los que los peronistas manifestaban su conflictividad y ejercían las reglas que ellos mismos contribuían a gestar, sostener y transformar. Al lema radical “que se quiebre pero que no se doble” los peronistas parecían oponer, en los usos, una “regla” en sentido contrario. Se podía “doblar”, de una pluralidad de maneras, pero no de cualquier manera. En el manejo de esas maneras posibles, coordinadas, tolerables y extremadamente cuidadas, allí residían los límites de lo que era ser peronista y se inventaba la frontera de lo que no lo era. La escala en la que emplazaban el conflicto era fundamental en la construcción de esos códigos.

Reflexiones finales

La eventual unidad del primer peronismo no se dio por imposición “desde arriba”, por convicción en el líder o por pacto de las partes, sino como consecuencia de muchas instancias de resolución de situaciones problemáticas creadas, ejercidas, afirmadas y revisadas entre peronistas. La verticalidad y la centralidad fueron, en otras palabras, realizaciones prácticas de los actores¹⁰. Viajando, tejiendo legitimidades diversas para sí mismos y para sus adversarios aquí y allá, inscribiendo sus conflictos en diversos marcos de argumentación, utilizando distancias relativas, los mismos actores crearon un liderazgo que podría pensarse como carismático sólo en la medida en que terminó por convertirse en un centro reticular cada vez mejor apuntalado por una creciente magnitud de adhesiones y conexiones.

Los peronistas ya no podrían aparecer ante sus observadores como víctimas del avance ineluctable de

¹⁰ Esta frase se inspira en la revisión del aforismo de Émile Durkheim (tomar a los hechos sociales como cosas) que hace H. Garfinkel (tomar a los hechos sociales como realizaciones prácticas). El principio de simetría que supone esta mirada, entre actores cuyo vínculo se da como supuesto desde otras perspectivas, puede suscitar la pregunta sobre las desigualdades de poder al interior del peronismo y sobre la importancia de no desdeniarlas al afirmar que los peronistas fueron quienes hicieron al peronismo. Por lo cual se hace necesario aclarar que se trata de un principio metodológico. Se trata de una herramienta que no pretende negar las desigualdades, sino describirlas con mayor precisión evadiendo los *a priori* que suponen que los roles estaban distribuidos de antemano (Barthe *et al.*, 2017).

una “máquina fagocitadora” (Little, 1982), agentes que no saben lo que hacen en el curso de un proceso que ocurre a sus espaldas (contribuir a su propia dominación) o actores que producen una “autoacción” para asimilarse a concepciones peronistas de la política derramadas desde arriba (Balbi, 2007). Tampoco son, por supuesto, artífices racionales y utilitarios, cuyos errores de cálculo pagaron con la heteronomía (Murmis e Portantiero, 1971). Son actores competentes que fueron tinglando un camino conjunto, en el que hubo que dirimir una cantidad enorme de situaciones problemáticas y durante las cuales fueron testeando definiciones, soluciones, argumentos, negociando modos de ser.

En una sensibilidad despierta a estas dinámicas se hace necesario suspender la definición de la escala como una prerrogativa del investigador y devolverles a los actores la posibilidad de ser ellos mismos quienes las movilizan (Latour, 2008). La política peronista cobraría entonces otra densidad, refractaría mejor nuestros intentos foráneos por domeñarla y repelería más eficazmente las tentaciones exotizantes que la amenazan a cada paso, dejando la vía más despejada para que podamos aprender de ella cosas que ella no necesita aprender de nuestras investigaciones.

Referencias

- BALBI, F.A. 2007. La dudosa magia del carisma: Explicaciones totalizadoras y perspectiva etnográfica en los estudios sobre el peronismo. *Avá: Revista de Antropología*, **11**:11-37.
- BARTHE, Y.; DE BLIC, D.; HEURTIN, J.-P.; LAGNEAU, É.; LEMIEUX, C.; LINHARDT, D.; MOREAU DE BELLAING, C.; RÉMY, C.; TROM, D. 2017. Sociología pragmática: manual de uso. *Papeles de Trabajo*, **11**(19):261-302.
- BAZIN, J. 1991. Les fantomes de Mme du Deffand: exercices sur la croyance. *Critique*, **529**—530:492-511.
- BOLTANSKI, L. 2015. Cómo se objetivó un grupo social: los “cuadros” en Francia, 1936-45. *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, **9**(2):75-88.
- BOLTANSKI, L.; THÉVENOT, L. 1991. *De la justification: les économies de la grandeur*. Paris, Gallimard, 483 p.
- BOURDIEU, P. 1980. *Le sens pratique*. Paris, Les Éditions de Minuit, 475 p.
- BREVIGLIERI, M.; STAVO-DEBAUGE, J. 1999. Le geste pragmatique de la sociologie française : Autour des travaux de Luc Boltanski et Laurent Thévenot. *Antropolítica*, **7**:7-22.
- CATELA, L. DA S. 2002. El mundo de los archivos. In: L. DA S. CATELA; E. JELIN (eds.), *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*. Madrid, Siglo XXI, p. 381-403.
- CERUTTI, S. 2011. «À rebrousse-poil»: dialogue sur la méthode. *Critique*, **769-770**(6):564-575.
- CERUTTI, S. 2017. Who is below? E. P. Thompson, historiador de las sociedades modernas: una relectura. In: M. GARZÓN ROGÉ (ed.), *Historia pragmática: Una perspectiva sobre la acción, el contexto y las fuentes*. Buenos Aires, Prometeo, p. 79-104.
- CIRIA, A. 1983. *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 374 p.
- COTTEREAU, A. 1990. Faire un précédent. In: *De l'ethnométhodologie aux approches socio-historiques: Parcours d'un séminaire, 1988-1989*. Paris, CNRS/Université de Paris 7, p. 45-63.
- DEMARIÁ, L. 2014. *Buenos Aires y las provincias: relatos para desarmar*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 307 p.
- DEWEY, J. 2004. *La opinión pública y sus problemas*. Madrid, Ediciones Morata, 1994 p.
- FERREYRA, S. 2018. *El peronismo denunciado: Antiperonismo, corrupción y comisiones investigadoras durante el golpe de 1955*. Buenos Aires/Mar del Plata, GEU/EUEDEM, 118 p.
- FERREYRA, S.G. 2016a. Junta Consultiva y Comisiones Investigadoras en la Provincia de Buenos Aires: usos de la escala para pensar el conflicto peronismo-antiperonismo. *Revista Páginas*, **8**(16):44-60.
- FERREYRA, S.G. 2016b. Las comisiones investigadoras durante la “revolución libertadora”: Usos de su archivo en la historiografía sobre peronismo y antiperonismo. *Quinto Sol*, **20**(3):1-25.
- GARFINKEL, H. 2006. *Estudios en etnometodología*. Barcelona, Anthropos Editorial, 319 p.
- GARZÓN ROGÉ, M. (ed.). 2017. *Historia pragmática: Una perspectiva sobre la acción, el contexto y las fuentes*. Buenos Aires, Prometeo, 140 p.
- GARZÓN ROGÉ, M. 2019. De enigma a paradoja. Reensamblar la política de los primeros peronistas (1945-1955). Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, **51**: 169-203.
- GEERTZ, C. 1994. Centros, reyes y carisma: una reflexión sobre el simbolismo del poder. In: C. GEERTZ, *Conocimiento local*. Buenos Aires, Paidós, p. 147-171.
- GENÉ, M. 2005. *Un mundo feliz: imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946-1955*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 159 p.
- GONZÁLEZ ARROYO, I. 1996. Gobernación del Tte. Cnel. Blas Brisoli (1949-1952). In: P. SANTOS MARTÍNEZ (ed.), *Historia contemporánea de Mendoza a través de sus gobernadores (1932-1966)*. Mendoza, Junta de Estudios Históricos, p. 179-198.
- KINDGARD, A. 2004. Tradición y conflicto social en los Andes argentinos: en torno al Malón de la Paz de 1946. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, **15**(1).
- LADEUIX, J.; MELON, J.; QUIROGA, N. 2014. El Partido Peronista: problemas organizativos, prácticas políticas y liderazgo en tres momentos de normalización partidaria. *Revista Escuela de Historia*, **13**(1):1-27.
- LATOUR, B. 2008. *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires, Manantial, 390 p.
- LEMIEUX, C. 2017. *Gramáticas de la acción social: Refundar las ciencias sociales para profundizar su dimensión crítica*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 269 p.
- LENTON, D. 2010. The Malón de la Paz of 1946: Indigenous Descamisados at the Dawn of Peronism. In: M. KARUSH.; O. CHAMOSA (eds.), *The New Cultural History of Peronism. Power and Identity in Mid-Twentieth Century Argentina*. Durham and London, Duke University Press, p. 85-111.
- LITTLE, W. 1982. A Note on Political Incorporation: The Argentine Plan Politico of 1955. *Journal of Latin American Studies*, **14**(2):455-463.
- MACKINNON, M. 1996. La primavera de los pueblos: La movilización popular en las provincias más tradicionales en los orígenes del peronismo. *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, **10**:87-101.

- MACKINNON, M. 2002. *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 206 p.
- MATHIAS, C. 2019. The First Peronists: Indigenous Leaders, Populism, and the Argentine Nation-State. *Journal of Social History*, forthcoming.
- MURMIS, M.; PORTANTIERO, J. C. 1971. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 192 p.
- OGIEN, A. 1985. La pratique du sens: La notion de pratique chez Pierre Bourdieu et Harold Garfinkel. *Revue européenne des sciences sociales*, **23**(71):169-217.
- OGIEN, A. 2008. *Las formas sociales del pensamiento: la sociología después de Wittgenstein*. Buenos Aires, Nueva Visión, 174 p.
- PLOTKIN, M. 1993. *Mañana es San Perón: Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires, Ariel, 348 p.
- ROSA, G.H. 2016. *Propaganda gráfica peronista: Estética, comunicación y política en el primer peronismo a través de los carteles (1946-1955)*. Buenos Aires. Tesis de maestría. Universidad de Buenos Aires.
- SORIA, C.; CORTÉS ROCCA, P.; DIELEKE, E. 2009. *Políticas del sentimiento: El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Prometeo, 288 p.
- THOMAS, W. I. 2005. La definición de la situación. *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, **10**:27-32.
- VALKO, M. 2008. *Los indios invisibles del Malón de la Paz*. Buenos Aires, Cuadernos de Sudestada, 380 p.
- VARELA, M. 2006. Le péronisme et les médias: contrôle politique, industrie nationale et goût populaire. *Les Temps des Médias. Revue d'Histoire*, **7**:48-63.

Submitted em: 03/05/2018

Aceito em: 26/12/2018